

# LA LEYENDA DEL MONJE

BLANCO

por Heriberto Fries



MAUCCI H<sup>OS</sup> MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

---

**LA LEYENDA**

del

**MONJE BLANCO**

por

**HERIBERTO FRIAS**



**MÉXICO**

**Maucol Hermanos.—Primera del Relox. 1  
1900**



## **La Leyenda del Monje Blanco**



Esto que van á saber mis queridos y amables compatriotas niños, nacidos en la gloriosa América, es curioso al mismo tiempo que divertido, instruyéndoles en lo que aconteció poco después del grandioso descubrimiento de Cristóbal Colón, entre maravillosas aventuras y episodios de sangre que eran tan co-

munes por aquellos tiempos en que la justicia la hacía sólo la espada, tiempos en que por todas las partes, en todas las naciones la sangre se extendía...

Llamaradas de incendio en los campos, sangre y siempre sangre en los hogares.

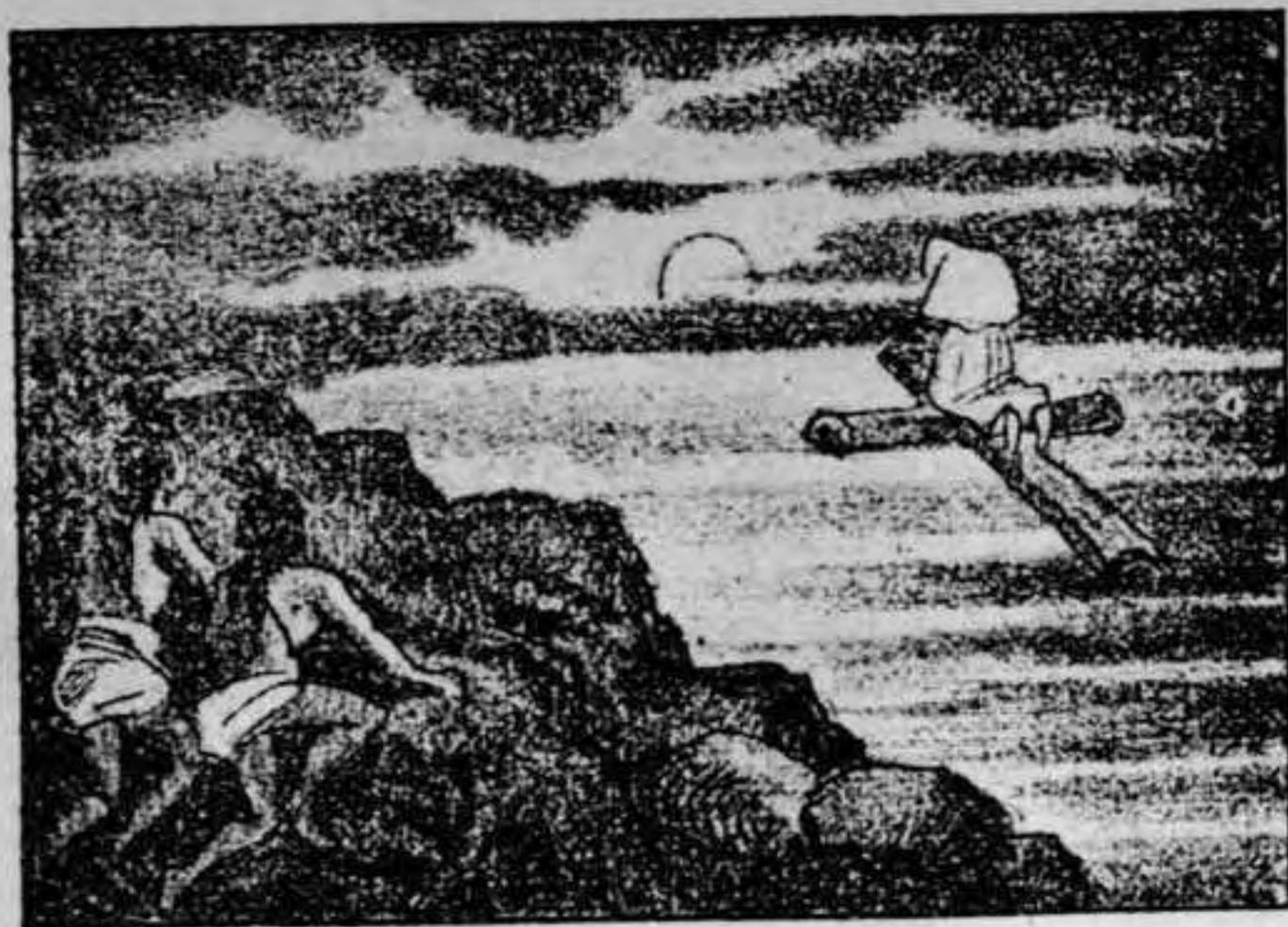
Allá entre libros y papeles viejísimos que ya están hechos polvo, encontró un sabio la historia terrible y llena de amarguras y remordimientos del pobre «Monje blanco»... que hizo .. ¡oh, maravilla de las maravillas! un viaje por el oceano, sobre las olas de mares que parecen no tener fin, un viaje hasta las costas del Anahuac... ¡y él solo hizo ese viaje!...

¿En qué barco iría?—preguntaréis, llenos de curiosidad y asombro.

Este es el gran milagro: ¡Sobre una cruz!

¿Sobre una cruz?

¡Oh, sí, mis buenos lectores; sobre una tosca y humilde cruz hecha con dos troncos de árboles!



Este mismo Santo Varón, pues no pudo menos de ser un santo, fué quien el gran descubridor de la América vió muchas veces en la sombra de sus noches solemnes, en la soledad de su retiro.

Y una vez también, después de un espantoso naufragio, en desierta playa, escuchando estas misteriosísimas palabras:

—«¡Plus Ultra!... ¡Plus Ultra!»

—¡Plus Ultra! ¡Cómo!—se decía Colón—¡más allá!... ¿Más allá cuando todos sabemos que ya adelante de esos mares por donde se oculta el sol, no hay más allá?

Y otra noche oyó la misma voz lenta y solemne:

—«¡En el sepulcro del Sol está la cuna del Sol!.. ¡Ve al Nuevo Mundo del viejo mundo!... ¡Plus Ultra!»

Aterrorizado por aquellas solemnísimas frases cuyo sentido no podía explicarse, Colón, taciturno, se puso á meditar y no las olvidó nunca.

Estaban vivas en su alma, y siempre que vacilaba en sus empresas y luchas, las volvía á ver.

¡Y de nuevo se alentaba, pareciéndole que eran como un soplo divino!

Y también solía ver en las tinieblas la sombra blanca del monje, haciendo deslizar su manto en la obscuridad silenciosa de la noche ó á la luz de la noche.

—¿Quién será este ser misterioso? ¿Es hombre ó ángel? —se preguntaba Colón.

Y en vano, levantando la voz, preguntaba el audaz marino:

—¿Quién eres, bienhechor mío, augusta sombra?

¡Nadie le contestaba!... Solo el silencio turbado por lejanos rumores trístísimos respondía á Cristóbal.

\*  
\* \*

Vosotros también, amiguitos míos, preguntareis de nuevo con más viva curiosidad, quién era, quién fué por fin en aquella terrible época de guerras y combates, de hombres armados que se odiaban, aquel monje blanco tan bueno.

Pues bien; sabed lo que años, muchos años, se supo después... ¡Sabedlo!... y... ¡Estremeceós!...

¡Aquel santo monje vagabundo había sido un hombre muy malo!

El viejísimo libro de donde un sabio encontró la leyenda que os refiero, dice que allá en un antiguo castillo de la Germania cuyo nombre no se pudo leer bien, vivía una noble dama al lado de un doncel gallardo y hermoso, de bucles dorados y ojos azules: era su hijo...

El padre,—varón alto y majestuoso, de barba soberbia, color de fuego,—había partido con su hijo mayor, á la guerra contra un altanero y bandido usurpador del Norte... dejó á su hijo menor aconsejándole todo lo que un buen padre puede decir al hijo de su ternura...

La noble dama también le inculcaba en su alma, generosa al parecer, pero llena de ambición, los sagrados principios de la moral cristiana.

Pero el doncel escuchó una noche de boca de una vieja sirvienta del castillo, la historia de los placeres de las cortes de reyes, barones y emperadores y supo que éstos casi siempre eran poderosos derramando sangre y usurpando la justicia.

La ambición del poder, sin méritos para obtenerlo por sí mismo, creció en el alma del doncel, como una mala hierba en un jardín abandonado.

Fué un nuevo Luzbel que gritó: ¿quién más que yo?... ¡Infeliz!...



Entonces meditó un plan abominable: ¡asesinar á la que le había dado la existencia, es-



perar á su padre y hermano y matarlos también!...

Y así lo hizo. Atravesó una noche con su daga el pecho de la madre, quedando solo el castillo, sabiendo que al día siguiente llegarían triunfantes su padre y su hermano, seguidos de una multitud de bravos caballeros cubiertos de armaduras espléndidas.

El se adelantó montado en un magnífico caballo, y á todo galope descendió al valle en plena noche.

Cubría el rostro del malvado una celada finísima, y su cuerpo una armadura de las mejores de su padre.

Llegó al amanecer al próximo castillo en donde habían pasado la noche el barón y su corte.

En un recodo del camino esperó el joven, oculto tras un bosquecillo, y cuando aparecieron su padre y su hermano, descuidados y sin sus armas de combate, el terrible doncel partió sobre ellos, calada la viscera y en ristre la lanza, gritando:

—¿Quién como yo?

Al instante atravesó de parte á parte á su hermano, que cayó muerto.

Veinte caballeros iban á arrojarse sobre el miserable, cuando el padre, al conocer por la armadura y la voz á su hijo, exclamó, atravesándose él mismo el pecho con un largo puñal:



—¡Hijo mío, muero por no ver tu crimen!  
¡Te perdono y que mi alma no repose nunca  
hasta que tú no purifiques la tuya y Dios te  
perdone!

Tan desgarradora y patética era la voz del anciano guerrero, que el diabólico joven quedó perplejo, abandonando las bridas á su caballo.

Todos los que acompañaban á los nobles señores quedaron también estupefactos. . ¡Jamás habían visto un crimen tan monstruoso!

\*  
\* \*

Lo que pasó entonces fué terrible; el mismo caballo del segundo Luzbel, espantado ante los cadáveres de sus señores, desbocado echó á correr relinchando de terror, como lanzando una maldición siniestra contra el monstruo que llevaba como jinete... y así corrieron por las selvas... hasta caer en el fondo de un barranco horrible, cuando ya era de noche.

El noble animal murió... mas no el joven, que cayó de rodillas entre las tinieblas, murmurando:

—¡Perdón, Señor, perdón, padre mío; juro por tu augusta memoria sufrir todos los martirios y todos los males del mundo, llevando tu cruz por mares, montañas y desiertos...

Desnudo casi, descalzo, echó á andar, y al día siguiente, al pasar por un arroyo, vió que sus ojos antes azules, eran negros como su crimen; sus cabellos tornáronse blancos... y poblaron su rostro antes gentil las arrugas de la vejez.

No tuvo por abrigo sino sus cabellos blancos, que fueron creciendo, creciendo.

Una noche lo detuvo el mar en su camino. ¡El vivía más allá, hasta el fin del mundo!...

Volvió al bosque, cortó dos troncos de árbol que amarró, haciendo una cruz, y recostado en ella se arrojó á las olas, orando:

—¡Oh, poderosa y misericordiosísima voluntad Divina, oh amor del mundo y de la vida, en tí confío y en tí espero el perdón... iré con la Cruz del Divino Hijo por todo el orbe... y la llevaré como una bandera de Re-

dención para la humanidad culpable que te niega... y para los que sufren y aun no son consolados! ..

Y he aquí que los vientos y las olas fueron llevando al arrepentido penitente hasta las playas americanas.

. . . . .  
Ahora ya comprenderéis, amigos míos, por que el Monje Negro de la terrible leyenda, hizo tanto bien por las regiones del Nuevo Mundo, y por qué tantas veces animó con su palabra triste y persuasiva el valor del genio de aquel marino genovés cuyas desventuras te voy refiriendo.

Ya verás como el Monje Blanco volvió á ser en otras ocasiones terribles el salvador de Cristóbal Colón, aunque atravesaba en frágil carabela el inmenso Atlántico y cuando holló las vírgenes tierras del Nuevo Mundo.